

ÍNDICE

Sobre Acción contra el Hambre	7
Agradecimientos	9
Prólogo, <i>Richard Cockett</i>	11
Prólogo, <i>Stephen Devereux</i>	15
I. Introducción: Una vida que merezca la pena vivir	23
Resumen del informe	31
II. La lucha por la supervivencia: viaje al interior del sufrimiento en la guerra por los medios de vida en Darfur	41
Una guerra más de pobreza y de política, que de etnias	44
Nuestra presencia ya no es grata: historias de la guerra por los medios de vida en Darfur	47
¿Campos de refugiados o suburbios urbanos? La vida de los desplazados en Darfur	49
La protección del derecho a la alimentación en Darfur: soluciones a corto y largo plazo	55
III. Mercados libres y poblaciones cautivas: Níger y los peligros de la liberalización de los mercados	61
Las fuerzas del mercado y la desnutrición	65
Las emergencias del mercado pueden evitarse: alternativas para cambiar las cosas	77

IV. Retratos de una pandemia: familias al borde del abismo en Zambia y Malawi	83
Los impactos cruzados del VIH, la desnutrición y la pobreza	88
La protección de la salud de los niños VIH-positivos	93
Los peligros de la discriminación	96
La importancia del acceso al agua en la lucha contra la desnutrición	99
V. El significado de la palabra dignidad: tragedias silenciosas y espíritus indomables en Etiopía	105
La historia de Aragash y Shunkay Yutata	108
La historia de Yohannes y Abarash Niammey	110
La historia de Werekey y Bekelur Dika	113
La historia de Obeshet Gussesa	115
La historia de Dotor y Asada Fenoga	119
La historia de Asfew Gelecha	122
VI. Epílogo: Conciencia y poder	127
Notas sobre los colaboradores	133

SOBRE ACCIÓN CONTRA EL HAMBRE

Durante más de 25 años, Acción contra el Hambre ha estado a la vanguardia de la lucha contra el hambre y la desnutrición en todo el mundo. Su vocación es salvar vidas, especialmente las de los niños desnutridos, y trabajar con las poblaciones vulnerables para la protección y el restablecimiento de sus medios de vida de una forma digna. Entre las actividades de Acción contra el Hambre se incluyen el diagnóstico, el tratamiento y la prevención de la desnutrición, así como programas sanitarios básicos, de seguridad alimentaria y de agua y saneamiento. Acción contra el Hambre es una organización internacional, apolítica, aconfesional y no lucrativa que ayuda a más de 4,2 millones de personas en 43 países de todo el mundo.

En el año 2005, Acción contra el Hambre puso en marcha el Observatorio del Hambre (*Hunger Watch*), su departamento de investigación e incidencia política. Durante el año 2006 el Observatorio del Hambre examinó las causas y los responsables de las crisis alimentarias actuales, así como las posibles respuestas a dichas crisis. A lo largo del desarrollo de este proyecto, el Observatorio del Hambre analizó la relación existente entre diversos factores, tales como los conflictos, la inestabilidad de los mercados y el VIH/sida, y las situacio-

nes de hambre aguda. El Observatorio del Hambre visitó diversos hogares afectados por la desnutrición, recogiendo testimonios de primera mano y participando en conversaciones relacionadas con la experiencia de vivir en situaciones de escasez de alimentos. El Observatorio del Hambre también ha elaborado una exhaustiva Base de Datos Geográfica de Indicadores Nutricionales (*Nutritional Geodatabase*), herramienta que permite comparar la extensión y la intensidad de las crisis nutricionales en todo el mundo. En esta publicación se presentan los resultados de los trabajos realizados por este departamento.

PRÓLOGO

Richard Cockett*

El hambre y las hambrunas

Cara a cara con el hambre

Como nos sucede a muchos de los que vivimos en la parte rica del mundo, al observar cómodamente desde mi propia casa las imágenes que nos muestran en televisión sobre hambruna y desnutrición en todo el mundo, he reflexionado muchas veces sobre los problemas del hambre. Habiendo conocido el movimiento *Live Aid* de mediados de la década de 1980, es prácticamente imposible evitar pensar en ello, e incluso estoy seguro de haber realizado algún donativo de ayuda a lo largo de estos años.

Asimismo, puedo decir que no fui capaz de entender la realidad del hambre y la desnutrición hasta que visité el norte de Ghana el año pasado, adonde fui para preparar un artículo para la revista británica *The Economist* sobre África y los Objetivos de Desarrollo del Milenio. Me llevaron a una población al norte de la ciudad de Tamale, una de las regiones más pobres de Ghana, para conocer un nuevo proyecto

* Editor de la sección de África, *The Economist*.

escolar. Los maestros estaban muy satisfechos porque habían conseguido convencer a muchas niñas para que asistieran a clase, un problema perenne en toda África. Quise hablar con algunos de los alumnos y poco después nos sentamos a charlar bajo un árbol.

Sin embargo, para mí, ingenuo occidental, en aquel grupo había algo extraño. Me presentaron a unos chicos que, según me dijeron, tenían 17, 18 e incluso 19 años. No obstante, a juzgar por su aspecto físico, los chicos que tenía enfrente de mí no parecían ser ni siquiera adolescentes, sino más bien de unos 10 o 11 años. A medida que avanzábamos con dificultad en nuestra conversación, me parecieron incluso más jóvenes de lo que yo había pensado.

Más tarde caí en la cuenta de que lo que estaba viendo en persona era consecuencia, en parte, de los efectos de la desnutrición crónica sobre su físico y su desarrollo, algo que me confirmaron los profesionales sanitarios locales. Unas oportunidades de vida arruinadas debido a las huellas físicas dejadas por una dieta nefasta y la escasez de alimentos desde su nacimiento. Desgraciadamente, por mucho que estos chicos se esfuercen en la escuela, será muy difícil para ellos superar el legado del hambre que han padecido durante toda su vida, especialmente durante los primeros años, etapa crucial para el desarrollo cognitivo.

Evidentemente, en Tamale había muchas más cosas sobre las que reflexionar: la malaria y otras enfermedades, la diarrea, el sida y una terrible pobreza, por nombrar sólo algunas de ellas.

Sin embargo, lo que de verdad me impresionó al volver a casa fue la forma en que el hambre y la desnutrición pueden corroer la capacidad de un niño para escapar del círculo de pobreza y dependencia en el que vive su familia. La hambruna es una tragedia atroz, tan terrible como lo es la desnutrición silenciosa y asesina.

Doy la bienvenida a este libro de ensayos sobre la forma de abordar estos dos problemas a nivel mundial y espero que contribuyan, aunque sea en pequeña medida, a la erradicación en el futuro de estas desgracias gemelas.

PRÓLOGO

Stephen Devereux*

El hambre es indigna. El hambre es injusta. Estas duras afirmaciones adquieren una dimensión real cuando se habla con quienes padecen hambre. El *Informe 2007-2008 del Hunger Watch* combina el análisis de las causas del hambre en diversos países africanos con los testimonios personales de familias que se enfrentan a diario con el hambre o con la amenaza del hambre. Este libro presenta una durísima acusación contra las instituciones locales, los gobiernos nacionales, las agencias internacionales y las políticas que consienten la persistencia del hambre en el mundo actual.

Con frecuencia, la cuestión del hambre se aborda como un problema técnico, como un asunto de «inseguridad alimentaria crónica» o «transitoria», que precisa de programas para «facilitar el acceso a los alimentos» o de «redes de seguridad» que suavicen las estadísticas relativas a la desnutrición. Resulta humillante tener que recordar que el hambre tiene una cara humana, que diariamente millones de personas se ven obligadas a tomar la angustiosa decisión de cuál será el

* Miembro del Instituto de Investigaciones para el Desarrollo de la Universidad de Sussex.

miembro de la familia que ese día comerá y cuál no lo hará. Este informe analiza la indignidad y la injusticia del hambre en Etiopía, Malawi, Níger, Sudán y Zambia, y concluye que el derecho a la alimentación es una cuestión de justicia social y de dignidad humana. ¿Puede haber alguien que opine lo contrario?

Debemos reconocer y elogiar los resultados satisfactorios conseguidos en las últimas décadas por ciertas acciones puestas en marcha en la lucha contra el hambre. Aparentemente la hambruna ha sido erradicada del sudeste de Asia y en muchas zonas del mundo se observan tendencias positivas en cuanto a la evolución de la pobreza y la inseguridad alimentaria. La sociedad civil y las organizaciones no gubernamentales han contribuido a hacer realidad el derecho a la alimentación y han conseguido que esta cuestión tenga mayor relevancia en las políticas nacionales y mundiales. Los Objetivos de Desarrollo del Milenio (*Millenium Development Goals*) obligan a concentrar esfuerzos y a movilizar recursos públicos para reducir la pobreza y el hambre. Sin embargo, en gran parte del África subsahariana la evolución a la baja de las tendencias es demasiado lenta y en algunos casos se observan tendencias ascendentes, por lo que las crisis alimentarias, lejos de ser erradicadas, se producen actualmente en países que históricamente no eran propensos a las hambrunas (como Malawi o Zambia) o donde se creía que estaban erradicadas (Níger). En el Cuerno de África (Etiopía y Sudán), la población es tan sumamente vulnerable al hambre y a las hambrunas como siempre.

Los cinco países que aparecen en este informe han padecido graves crisis alimentarias en los últimos diez años, aunque cuatro de ellos tienen un sistema de democracia multipartidista. Amartya Sen, premio Nobel de Economía en 1998, pensador del desarrollo y conocido por sus trabajos sobre las hambrunas, defendió la idea de que nunca se han

producido situaciones graves de hambruna en ningún país democrático, independientemente de su nivel de pobreza. La democracia implica responsabilidad y un «contrato social» entre los estados y los ciudadanos, que se construye y se refuerza gracias a la acción ejercida por los partidos de la oposición y al análisis crítico realizado por una prensa libre. La democracia también otorga a los ciudadanos el derecho a apartar del poder a un gobierno que no les protege contra graves violaciones de los derechos humanos básicos, como es el derecho a la alimentación.

En este caso, se trata de sistemas democráticos muy jóvenes que aún deben consolidarse: la transición hacia la democracia en Etiopía, Malawi, Níger y Zambia tuvo lugar durante la década de 1990. Las instituciones democráticas son débiles y la capacidad del Estado para dar una respuesta eficaz a la pobreza y al hambre es muy limitada. En los cuatro países la responsabilidad de la prevención del hambre y las hambrunas está compartida entre los gobiernos nacionales (responsables ante sus ciudadanos, pero sin capacidad para responder a sus necesidades) y la comunidad internacional (con capacidad de respuesta, pero sin responsabilidad ante los ciudadanos locales). Esta dispersión de la responsabilidad ha hecho que millones de africanos se encuentren en una situación de alta vulnerabilidad frente al hambre.

El fracaso de los procesos de transición hacia la democracia en Etiopía, Malawi, Níger y Zambia en lo que afecta a asegurar el derecho a la alimentación para toda la población, tal y como queda documentado en este informe, no es un argumento en contra del deseable proceso de democratización. Por el contrario, es un argumento a favor de una mayor responsabilidad democrática, no sólo por parte de los gobiernos nacionales, sino también por parte de los actores internacionales. En países con instituciones políticas inmaduras y una débil capacidad estatal, la comunidad internacional

debe responsabilizarse de las políticas por las que aboga y, en último caso, la responsabilidad debe ser compartida. Muchas políticas impuestas por parte de ciertos países donantes a algunos gobiernos africanos que eran reacios a su aplicación por establecer condiciones a la concesión de la ayuda han resultado ser más perjudiciales que beneficiosas en lo que se refiere a sus efectos sobre el hambre.

Un ejemplo de ello son las reformas de ajuste estructural que tenían como objetivo reducir el intervencionismo del Estado en el sector agrícola y potenciar el papel de las alternativas del sector privado. La estacionalidad agrícola es una característica que define el modo de vida rural en África y una de las causas directas del hambre. La dependencia de una única cosecha como principal fuente de comida e ingresos tiene como resultado «períodos de escasez de alimentos» que cada año obligan a las familias con menos recursos que se dedican a la agricultura a consumir prematuramente su siguiente cosecha, como explica Aleku Makonnen, del sur de Etiopía, en la introducción de este informe. Los gobiernos africanos, conscientes de los efectos de la estacionalidad, aplicaron diversas medidas para paliar sus consecuencias más graves, entre las que se incluían la gestión de la reserva de cereales y la subvención de los precios de los alimentos. Con el objetivo de estabilizar las provisiones de alimentos y su precio, se encargó a diversas organizaciones paraestatales la compra de cereales una vez finalizada la cosecha y su posterior venta a los mercados locales, a precio de coste, unos seis a ocho meses más tarde. Gracias a la legislación de un precio mínimo para los productores y un precio máximo para los consumidores, los gobiernos incentivaron a los agricultores, manteniendo unos precios asequibles para la población con menos recursos.

Sin embargo, este tipo de intervenciones públicas en los mercados agrícolas iban en contra de los principios neolib-

rales del «Consenso de Washington» (*Washington Consensus*), que rechazaba ciertas instituciones, como las paraestatales y las de reserva de cereales, por ineficaces y corruptas, así como diversas políticas, como las subvenciones de precios, por inasequibles y perjudiciales para el desarrollo del sector privado en los países pobres. Por tanto, la actividad de las organizaciones paraestatales y de las reservas de cereales se redujo, se suprimió, o bien las organizaciones pasaron a ser gestionadas como organizaciones comerciales, al mismo tiempo que se eliminaron las subvenciones a los precios de los alimentos. El objetivo era incentivar a los comerciantes privados a intervenir y proporcionar «seguridad alimentaria orientada hacia el mercado». Cuando los comerciantes de Níger fracasaron en el intento, se produjo lo que en este informe denominamos «emergencia de mercado», una frase que también describe con bastante precisión los desastrosos fracasos de mercado que precedieron a las crisis alimentarias que han tenido lugar en Malawi recientemente. Es el momento de reconsiderar estas políticas fallidas y avanzar hacia una colaboración más equilibrada entre la administración, el sector privado y los actores de la sociedad civil para proporcionar seguridad alimentaria y liberar a la población del hambre.

Etiopía, Malawi, Níger y Zambia tienen un alto nivel de dependencia de los donantes internacionales, ya que cerca de la mitad de sus presupuestos anuales son financiados por sus «socios para el desarrollo». Los gobiernos de estos países han hecho todo lo que la comunidad internacional ha demandado de ellos, desde la liberalización económica hasta la transformación política, pasando por la reforma del sector público. Sin embargo, las solicitudes de ayuda de emergencia realizadas por Etiopía en 1999/2000, por Malawi en 2001/2002 y por Níger en 2004/2005 fueron ignoradas hasta que ya era demasiado tarde. En cambio, el Fondo Monetario Internacional (FMI) aconsejó al gobierno de Malawi

la venta de la Reserva Estratégica de Cereales y, a principios de 2005, el gobierno de Níger fue obligado a aplicar un impuesto de 19% sobre los productos de primera necesidad, como condición del FMI para apoyar sus presupuestos. Tras diversas manifestaciones de protesta en la capital, Niamey, en las que los manifestantes portaban carteles en los que se leía «*Tenemos hambre, ayudadnos*», se revocó dicho impuesto que empeoraba la situación de hambre de la población. Es necesario plantear cuestiones fundamentales sobre la naturaleza de la democracia en contextos tan dependientes de una ayuda facilitada por donantes tan intervencionistas.

Si a la comunidad internacional se le acusa de haber intervenido inoportunamente en cuanto a sus recomendaciones a los gobiernos de Níger y Malawi, se le acusa también de intervenir inadecuadamente en el caso de Sudán. En Darfur, donde la comida es un arma en una «guerra por los medios de vida», el hambre está estrechamente relacionada con las muertes violentas: quien se aventura a salir de los campos de desplazados en busca de comida se arriesga a recibir un disparo y a morir asesinado. Detener este conflicto es una condición previa para poder acabar con el hambre, salvar vidas y devolver la dignidad a las poblaciones. Aún así, la comunidad internacional parece no mostrar el suficiente interés y no querer actuar de una vez por todas para detener este horror. Este fracaso se suma al abandono de la responsabilidad moral mundial y pone de manifiesto la cruda realidad de que, aunque actualmente existe la capacidad técnica para evitar el hambre y las crisis alimentarias, no existe voluntad política y, cuando existe, se mueve en la dirección equivocada. En el caso de Darfur parece haber más intereses políticos internacionales en la condena de los hechos que en la intervención en el conflicto.

El hambre es un acto silencioso de violencia, una violación prácticamente invisible de la dignidad humana y de la justicia

social. Se puede y se debe luchar contra el hambre: no sólo reducirla a la mitad para 2015 como se ha fijado en los Objetivos de Desarrollo del Milenio, sino acabar con ella como el crimen que es contra la humanidad. Como se nos recuerda enérgicamente en este informe, la persistencia del hambre es una humillación para todos nosotros.